

## Adultocentrismo: ¿Qué piensan chicas y chicos?

**Autor: Santi Morales y Marta Martínez Muñoz**

**Editorial: Octaedro**

**Año de publicación: 2024**

**Número de páginas: 160**

**ISBN: 978-84-10-28238-4**

**Marta Carretero Navarro**

PhD-Universidad Complutense de Madrid 

<https://dx.doi.org/10.5209/soci.101863>

*“Porque te quiero y te protejo, tienes que hacerme caso, tienes que hacer lo que yo te diga”*

Esta frase, que podría parecer un acto de amor y cuidado con el que todas y todos estamos familiarizados, encierra en realidad una de las formas más naturalizadas de dominación adultocentrista que Santi Morales y Marta Martínez Muñoz han cuidado muy bien de mostrar. Con la justificación del afecto y la protección, las personas adultas imponen su voluntad sobre niños, niñas y jóvenes, silenciando sus voces, negándoles autonomía y perpetuando un sistema de poder basado en la edad. En *El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio*, Duarte Quapper y Casal Bataller (2015) analizaron con profundidad esta estructura de desigualdad, evidenciando cómo el mundo adulto ha construido barreras que limitan la participación de las nuevas generaciones en la sociedad.

Este libro se basa en el estudio exploratorio realizado por Santi Morales y Marta Martínez Muñoz, en el que se entrevistaron aproximadamente 200 chicos y chicas de entre 5 y 25 años, provenientes de Argentina, México, España, Chile y Colombia, entre otros países. La estructura de la obra se articula de la siguiente manera: en primer lugar, se introduce el concepto de adultocentrismo, resaltando su escaso reconocimiento en el ámbito académico y social. Posteriormente, se analizan los distintos espacios en los que se manifiesta este fenómeno y el ejercicio de poder que implica sobre la infancia. A continuación, se presenta el estudio en detalle, destacando las percepciones y experiencias de los niños y niñas con respecto a esta noción y los ámbitos en los que identifican su presencia. Finalmente, tras explorar las distintas interpretaciones y reflexiones infantiles sobre el adultocentrismo, se propone un apartado con recomendaciones elaboradas desde sus propias voces. Como cierre, el libro ofrece una serie de propuestas orientadas a erradicar y transformar esta dinámica predominante, las cuales serán abordadas en profundidad en los capítulos finales. Este libro no solo desentraña las prácticas adultistas en la familia, la escuela y la comunidad, sino que también plantea una lectura interseccional que vincula el adultocentrismo con el patriarcado y el capitalismo. La obra se sitúa en un contexto crítico frente a aquel en el que la niñez y la juventud son vistas como integradas por sujetos incompletos, carentes de razón y sin derecho a decidir sobre sus propias vidas.

Los autores definen el adultocentrismo como una estructura de dominación social, política, económica, cultural y moral que coloca a las personas adultas en una posición de superioridad frente a la infancia y la juventud. No se trata solo de una relación de poder individual entre generaciones, sino de un sistema profundamente arraigado que moldea las instituciones, los discursos y las normas que regulan la vida social.

Uno de los aportes más importantes del libro es la relación que establece entre el adultocentrismo y otras formas de opresión, como el patriarcado. La jerarquía basada en la edad no opera de manera aislada, sino que se entrecruza con el género y la clase social. Así, el hombre adulto se impone sobre la mujer adulta, y a su vez, las personas jóvenes sobre las más jóvenes, en una cadena de dominación que se replica en todos los ámbitos de la vida. Esta intersección de desigualdades refuerza la idea de que el poder es acumulativo:

quien es mayor tiene más autoridad y, si además es varón y pertenece a una clase social privilegiada, su dominio sobre los demás se vuelve aún más evidente.

Uno de los mecanismos más eficaces para perpetuar el adultocentrismo es la idea de que las personas adultas saben lo que es mejor para la infancia y la juventud. Desde una lógica paternalista, se argumenta que los niños y niñas deben obedecer porque “los adultos tienen más experiencia” o porque “es por su propio bien”. Esto se traduce en decisiones tomadas sin consulta previa, en la invalidación de opiniones infantiles y en la imposición de normas que no siempre responden a sus necesidades reales. El libro también expone cómo el capitalismo ha reforzado esta estructura de dominio. La productividad se convierte en un criterio fundamental para definir el valor de las personas, y dado que la niñez no es una etapa productiva en términos económicos, se la subordina a la preparación para el futuro. Se espera que los niños y niñas sigan reglas impuestas por los adultos para convertirse en ciudadanos funcionales al sistema, relegando su presente a un mero período de transición. Esta lógica se traduce en discursos como: “Tienes que hacerme caso porque yo sé lo que necesitas para prepararte para la vida”, frase que enmascara una visión instrumentalista de la infancia.

Además, se plantean algunas paradojas en la forma en que la sociedad actual trata a los niños. Por un lado, se les sobreprotege bajo la justificación de que son vulnerables e incapaces de tomar decisiones; por otro, se les deja en un estado de soledad y abandono emocional debido a las largas jornadas laborales de los adultos y la creciente digitalización de la niñez.

Uno de los puntos más críticos que abordan los autores es la transformación de la infancia en una experiencia cada vez más solitaria. Según ellos, la combinación de la reducción de la natalidad con el aumento del tiempo de pantalla ha llevado a que muchos de los niños y niñas entrevistados (35) crezcan sin hermanos o hermanas, o sin interacción con otros niños en espacios físicos. La tecnología, que en muchos casos ha reemplazado el juego y la socialización cara a cara, se ha convertido en su principal fuente de entretenimiento, aprendizaje e interacción social. Este fenómeno, exacerbado por la pandemia, ha generado una niñez aislada, con consecuencias preocupantes para su desarrollo emocional y social.

El adultocentrismo también se manifiesta en la construcción de estereotipos sobre la infancia en función de la clase social. Así, los niños que viven en contextos de pobreza son vistos como una amenaza social, mientras que los niños de clases medias y altas son percibidos como seres que necesitan ser protegidos y guiados. Esta distinción refuerza la desigualdad estructural, ya que el Estado y la sociedad tratan de forma diferenciada a los niños según su origen socioeconómico, perpetuando la marginalización de los más vulnerables.

Afirman los autores que, desde temprana edad, las nuevas generaciones se enfrentan a un mundo diseñado desde una perspectiva adulta, en el que sus emociones, pensamientos y necesidades suelen ser subestimados o ignorados.

En el entorno familiar, el adultocentrismo se hace evidente en la imposición de normas y reglas sin consulta ni negociación, lo que refuerza la idea de que las decisiones recaen exclusivamente en las personas adultas. Frases como “Haz silencio que están hablando los mayores” no solo refuerzan la idea de que la voz infantil carece de importancia, sino que también fomentan la internalización de la desigualdad generacional. Además, es común que las emociones y preocupaciones de los niños sean minimizadas o desacreditadas, considerándolas poco relevantes en comparación con las de los adultos. A esto se suma el uso de comparaciones humillantes, que no solo afectan la autoestima infantil, sino que también instauran un modelo de autoridad basado en la desvalorización y la obediencia ciega.

En el ámbito escolar, estas prácticas continúan manifestándose a través de métodos de enseñanza que priorizan la disciplina y el control sobre el desarrollo autónomo del pensamiento crítico y la creatividad. Muchos sistemas educativos siguen fundamentándose en el miedo y la obediencia, restringiendo la posibilidad de que los estudiantes participen activamente en su propio aprendizaje. En lugar de fomentar espacios de diálogo y participación, se imponen contenidos sin considerar los intereses y necesidades del alumnado, lo que contribuye a una educación distante de la realidad de los niños y jóvenes. La falta de canales efectivos para la expresión de sus opiniones refuerza la idea de que su criterio no es válido y que su papel dentro del aula se reduce a recibir pasivamente el conocimiento impartido por figuras de autoridad.

Más allá del hogar y la escuela, el adultocentrismo se extiende al ámbito comunitario, donde la segregación de género y la desvalorización de las opiniones infantiles en espacios públicos siguen siendo prácticas habituales. En muchas ocasiones, los niños, niñas y adolescentes son excluidos de procesos de toma de decisiones que afectan directamente sus vidas, ya sea en la planificación de actividades recreativas, en la formulación de políticas locales o incluso en la configuración de espacios públicos. Su participación en la comunidad se ve limitada no solo por normas explícitas, sino también por actitudes y prejuicios que subestiman su capacidad de análisis y su derecho a ser escuchados. Estos ejemplos reflejan cómo el poder adulto no solo se ejerce desde las instituciones, sino también en las interacciones cotidianas.

El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio es un concepto fundamental para entender la forma en que la sociedad estructura las relaciones intergeneracionales. A través de un análisis crítico y bien fundamentado, los autores desentrañan los mecanismos de poder que sostienen la dominación adulta sobre la infancia y la juventud, ofreciendo al mismo tiempo alternativas para construir una sociedad más equitativa.

El libro deja algunas preguntas abiertas sobre cómo implementar sus propuestas en un mundo cada vez más regido por la lógica del mercado y la productividad. Sin embargo, su llamada a reconocer a la infancia como sujeto político y social es una invitación ineludible a repensar nuestras relaciones con las nuevas

generaciones y a trabajar por un futuro en el que niños y niñas sean vistos no como seres en formación, sino como ciudadanos plenos en el presente.

La pedagogía de la ternura, que nos presentan los autores, es una llamada urgente y transformadora para recuperar el sentido ético y político del afecto en nuestras sociedades. Lejos de asociarse con la debilidad o la sumisión, la ternura aquí es reivindicada como una fuerza rebelde, combativa y profundamente comprometida con la defensa de la vida. Es una ternura que desafía su reducción a la inocencia, pues comprende que su verdadero poder radica en su capacidad de subvertir las jerarquías impuestas y abrir espacios de justicia y dignidad.

Se trata de inundar de afecto nuestras escuelas, plazas, trabajos y comunidades, generando vínculos que desplacen la lógica de la indiferencia y el maltrato. Porque sin ternura, no hay encuentro genuino, no hay diálogo intergeneracional ni construcción de un mundo más habitable.

En este libro se afirma que hablar de ternura es hablar de revolución ética, de la urgencia de una pedagogía que sitúe en el centro la dignidad de cada persona. Inspirada en el pensamiento de figuras como Gabriela Mistral y Alejandro Cussiánovich, esta propuesta nos invita a comprender la ternura como una virtud política, anclada en la ética de lo colectivo y en la lucha por los derechos de la infancia.

## Referencias

- Duarte Quapper, C., y Casal Bataller, J. (2015). *El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio. Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil*. [Tesis de doctorado]. Universitat Autònoma de Barcelona. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=74769>

